

La antropología mexicana actual y futura: Tres puntos críticos

Esteban Krotz

El presente artículo es una contribución al análisis de la situación actual de la antropología en México y sus perspectivas a futuro, que consiste en identificar varios puntos *críticos* que caracterizan el presente, especial aunque no exclusivamente, de la antropología sociocultural.¹ De la manera

cómo la comunidad antropológica percibe esta problemática y cómo decide enfrentarla, dependerá el desarrollo futuro de este campo del conocimiento; por esta razón, varias de las observaciones tienen también forma de propuesta.

Sin pretender ofrecer un panorama completo, se presentan estos elementos *críticos*,² agrupados en tres

* Universidad Autónoma de Yucatán

¹ La primera versión se presentó en mayo de 1993 como parte de una serie de cuatro meses sobre las perspectivas de las ciencias antropológicas en México, organizada por la Coordinación Nacional de Investigación del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Poco después se redactó la versión escrita, la cual fue revisada a comienzos de 1996 para la presente publicación. Para no tener que modificar el texto original, obligatoriamente breve, se agregó una serie de notas que indican algunos

trabajos previos y posteriores, en buena parte del mismo autor, en los que trata, de modo más amplio, las temáticas expuestas y en los que se hallan referencias a otros estudios sobre estos temas.

² *Crisis* no tiene aquí la connotación negativa del habla común, simplemente significa una situación de transición, en la cual algo deja de ser como era y al mismo tiempo surge algo nuevo. Véase también

conjuntos. El primero se refiere a aspectos de la organización social de la antropología mexicana, el segundo a campos temáticos cruciales para la disciplina, y el tercero a cuatro perspectivas más generales.

LA ORGANIZACION SOCIAL DE LA ANTROPOLOGIA MEXICANA

El primer conjunto de elementos críticos tiene que ver con el hecho de que -como se ha dicho muchas veces- sin narradores no hay historia.³ Es decir, si hablamos de la antropología mexicana y de sus perspectivas a futuro, tenemos que hablar de quienes producen la antropología en México. Hay que revisar la organización social de las antropólogas y los antropólogos que generan el conocimiento antropológico en México. A continuación se presentan cuatro elementos particularmente relevantes para la apreciación adecuada de la situación actual.

a) En primer lugar parece que a veces no nos hemos dado cuenta que la situación actual no es más que la de los setenta. A diferencia de entonces, las instituciones académicas ya no ab-

sorben un alto porcentaje de quienes egresan de las licenciaturas en antropología. Esto significa que cada vez más antropóloga/os trabajan fuera del ámbito académico. De hecho, ante los ojos de muchos, la actividad antropológica profesional se realiza en *dos grandes sectores: el académico y el no-académico*. Sin embargo, en reuniones de *la antropología mexicana* se suelen escuchar sólo las voces del primero de estos dos sectores. El segundo, estigmatizado además con un adjetivo de prefijo negativo, no suele estar presente. Lo mismo vale para las publicaciones especializadas.

¿No plantea esto un problema a la *comunidad antropológica*? ¿Acaso es correcto reducir *la antropología mexicana* a las actividades del sector de los antropólogos académicos?

Para abordar este problema conviene recordar dos situaciones. Por una parte, casi cualquier investigación antropológica requiere en un determinado momento de la información generada en instituciones políticas, administrativas, de promoción popular, culturales, productivas, etc. y es precisamente en estas instituciones en las que laboran los antropólogos *no-académicos*. Por otra parte, al encontrarse un estudiante o investigador universitario con un colega en una institución como las mencionadas, se suelen establecer relaciones particularmente provechosas, ya que se manejan códigos comunes, se conocen las especificidades de la investigación antropológica y hasta se pueden enriquecer conjuntamente perspectivas de análisis y discusión de resultados.

E. Krotz, "La crisis permanente de la antropología mexicana", en *Nueva Antropología*, vol. 14, 1995, núm. 48, págs. 8 - 18 (especialmente pág. 11).

³ Un esquema que trata de combinar lo que frecuentemente se separa como factores *externos* e *internos* de la ciencia, puede verse en E. Krotz, "Historia e historiografía de las ciencias antropológicas: una problemática teórica", en: C. García M., (coord.), *La antropología en México*, vol. 1, págs. 113-138. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.

A su vez, muchos colegas que laboran en lo que también podría llamarse *antropología aplicada*, leen ocasionalmente trabajos publicados por los docentes e investigadores académicos e incluso llegan a asistir a cursos de actualización impartidos por éstos últimos.

El dejar de lado los estereotipos frecuentemente escuchados los de la *torre de marfil*, los que no se preocupan por la relevancia social de sus estudios *versus* los encargados de la legitimación del sistema, los que lo apoyan con *bomberazos* de todo tipo y tratar de articular más orgánicamente en eventos, publicaciones y organismos gremiales a ambos sectores de la actual comunidad antropológica del país podría potenciar los vínculos de hecho existentes, aumentar la calidad de datos e ideas en circulación y enriquecer eventos y publicaciones.⁴

b) Un segundo aspecto de la organización social de la antropología mexicana son sus *eventos*. A veces se opina que no hay suficientes foros de debate, de confrontación de ideas y resultados de investigación. Pero si uno revisa los calendarios de las instituciones y las agendas de los antropólogos, se impone la impresión contraria. Incluso prescindiendo de los eventos

⁴ Una situación privilegiada para experimentos en este sentido podría ser precisamente la institución convocante del coloquio, para el cual se elaboró el presente trabajo, el Instituto Nacional de Antropología e Historia cuenta con un centro de formación (que a su vez tiene varios niveles de estudio y planteles), con una red nacional de dependencias encargadas tanto de la investigación científica como del cuidado práctico del patrimonio cultural y con un sistema propio de edición y distribución de publicaciones de todo tipo.

realizados con el único objetivo de proporcionar constancias convertibles en puntos de evaluación y, en consecuencia, pesos a quienes los organizan o presentan ponencias en ellos y donde se crean dinámicas verdaderamente increíbles (programas anunciados que se desarrollan sólo en parte, *coordinadores de mesa* sin programa ni horario y a veces ni reloj, *ponentes* que se retiran antes del inicio del comentario sobre su intervención, *memorias* que no circulan y que nadie consulta jamás), parece haber una desproporción fuerte entre el tiempo dedicado a muchos eventos y sus resultados visibles.⁵ A veces uno tiene la impresión que mucho de este desperdicio de tiempo, esfuerzos y recursos se debe a la falta de revisión sistemática de las formas de organizar estos eventos. Sólo así, por ejemplo, puede explicarse la frecuencia con que anunciadas *discusiones* sobre determinados temas científicos se convierten en meras secuencias de apretadas síntesis de trabajos leídas a toda velocidad bajo la férula de un *director de debates* que ahoga cualquier intento de discusión con la excusa del *reducido tiempo disponible* y ante un público casi siempre incapaz de, o poco dispuesto, asimilar en dos horas ocho o diez temas diferentes.

¿Por qué nosotros, que estudiamos tantas veces y muchas, no sin sarcasmo, reuniones en ejidos, sindicatos

⁵ Se recalca la especificación *visible* ya que, al contrario de la opinión de no pocos administradores universitarios, cualquier evento bien aprovechado tiene resultados acumulativos a mediano y hasta largo plazo que no pueden ser captados ni *evaluados* inmediatamente.

o asociaciones religiosas, no podemos estudiar con el mismo rigor nuestras propias reuniones? ¿No sería éste un primer paso para poder formular y discutir criterios claros y mejores que los actualmente vigentes para la preparación y realización de diversos tipos de reuniones académicas? ¿No podríamos y deberíamos aplicar nuestra ciencia a nuestras actividades para mejorar a éstas últimas?⁶

c) A mediados de los años ochenta empezaron a establecerse en el sistema educativo nacional los primeros *mecanismos de evaluación de las actividades académicas* que afectan directamente el salario de los docentes e investigadores universitarios; como es sabido, desde entonces cantidad y variedad de tales mecanismos ha aumentado constantemente. Es fácilmente comprensible que la mayor parte de la polémica sobre estos mecanismos se ha centrado en lo que significan para los trabajadores académicos como individuos. Menos se ha reparado en sus consecuencias para las instituciones académicas y, menos aún, en sus efectos sobre la generación de conocimientos científicos en el país.

Con respecto a este último problema resulta preocupante que la mayoría de las instituciones universitarias del país han establecido sistemas de *evaluación* que sin darse cuenta o sin explicarlo debidamente, privilegian un tipo de conocimiento científico en detrimento de otros. Esto afecta par-

ticularmente a las ciencias sociales y las humanidades. Es cada vez más obvio que los sistemas de evaluación vigentes en muchas universidades y centros de investigación (con sus ritmos anuales o bianuales de evaluación, sus requisitos burocráticos para la acreditación y valoración de actividades y *productos* susceptibles de ser convertidos en pequeños aumentos de los ingresos de los académicos) están influyendo directamente sobre la generación del conocimiento. Tal vez sea un caso extremo aquel colega que dividió, para obtener mayores réditos de *puntos*, su investigación sobre la historia de un ejido en seis proyectos diferentes, de los cuales cada uno abarcaba doce años e iba a *producir* dos breves artículos por período en vez de un (tal vez) significativo estudio de conjunto. Pero es patente que muchos de los mecanismos de *evaluación* mencionados fomentan más la realización de la pesquisa breve y de reducida envergadura que la investigación a profundidad y de larga duración, que animan más recurrir a métodos y técnicas establecidas que el experimentar con innovaciones e hipótesis osadas, que alientan más la presentación (a veces repetida, con cambios minúsculos cada vez) de diminutos subproductos contabilizables que la maduración de modelos interpretativos y de perspectivas analíticas, que, para resumirlo de cierto modo, impulsan más una antropología conforme al modelo de una *ciencia aplicada* que de una *ciencia básica* y, en todo caso, menos sujeta a la dinámica de la creación del conocimiento que al beneplácito

⁶ Véase para esto también E. Krotz, "Aspectos de la discusión antropológica", en *Nueva Antropología*, vol. XIII, 1992, núm. 43, págs. 9-22.

de la burocracia *administrativa*.

El gremio en su conjunto y los diversos grupos de profesionales de la antropología adscritos a las diferentes instituciones académicas deberían prestar más atención a la influencia que éstos y otros condicionantes ejercen sobre la generación del conocimiento científico y, por ende, sobre sus resultados.⁷

d) Finalmente hay que preguntarse si en la actualidad existe realmente algo así como una *comunidad antropológica mexicana*. ¿No sería una de sus condiciones de posibilidad la existencia de circuitos efectivos de comunicación de ideas y datos, modelos e hipótesis, resultados de investigación y planes de estudio? Pero es sabido que un número demasiado alto de centros de formación (incluso a nivel formal de posgrado y hasta galardonados con el calificativo oficial de *excelencia*) y de investigación no cuentan con una biblioteca científica digna de tal nombre, que ni siquiera disponen de las revistas y libros antropológicos

editados en el propio país, por lo que, entre otros efectos nocivos, los estudiantes sólo han sustituido las antiguas notas dictadas por el profesor en clase por las fotocopias de algunas páginas sacadas de un número reducidísimo de libros o de revistas.

Si aquí se recuerda que una comunidad científica nacional sólo puede ser entendida como segmento de la comunidad científica mundial, entonces se agudiza el problema que, además, adquiere dimensiones catastróficas en diversos lugares del *interior* del país, donde la escasez de recursos, la ausencia de criterios propiamente académicos en el manejo de los mismos, la lejanía del *centro*, la falta de estímulos intelectuales y el desinterés de los colegas ubicados en centros mejor equipados se confabulan para acercar las actividades universitarias cotidianas peligrosamente a una especie de simulación de la actividad científica. Obviamente, este problema no puede ser visto como un problema de ciertos lugares *retrasados* del país, sino como problema de toda la disciplina en su conjunto cuyo desarrollo hipoteca severamente.⁸

Los cuatro elementos mencionados (la organización gremial de las antropólogas y los antropólogos mexicanos, el aumento de eventos académicos intrascendentes, la fragmentación de

⁷ Véase para este punto también E. Krotz, "Pequeñas y grandes consecuencias de la evaluación académica para la generación de conocimientos científicos", en: E. Krotz, comp., *La problemática de la evaluación académica*, Ed. págs. 99-105. Universidad Autónoma de Yucatán, Mérida 1991 y "¿Ciencias sociales y humanas en el lecho de procasto? Consecuencias de la evaluación académica institucional", en: *Boletín de la Academia de la Investigación Científica*, núm. 26, septiembre-octubre de 1995, págs. 21-27; además, G. de la Peñas, "Algunas dificultades en la evaluación de los científicos sociales", en: M. Perló, (coord.), *Las ciencias sociales en México: análisis y perspectivas*. Ed. Consejo Mexicano de Ciencias Sociales, México 1994, págs. 209-220 y R. Varela, "La carrera académica en la Universidad Autónoma Metropolitana: Problemas y estrategias", en: *Alteridades*, vol. 3, 1994, núm. 7, págs. 87-95.

⁸ Este aspecto se encuentra tratado también en E. Krotz, "¿Los prescindibles? Ensayo sobre las tensiones entre los científicos sociales y sus campos de actividades", en: M. Perló, (coord.), *Las ciencias sociales en México: Análisis y perspectivas*. Ed. Consejo Mexicano de Ciencias Sociales, México 1994. págs. 235-258.

proceso de generación del conocimiento científico en antropología por la forma de asignar el salario a los universitarios y la reducida y muy desigualmente distribuida infraestructura comunicativa al interior de la comunidad científica nacional) caracterizan la situación actual de la disciplina en el país y constituyen retos decisivos para su desarrollo futuro a corto plazo - precisamente para poder aprovechar cabalmente la llamativa expansión y consolidación institucional de las ciencias antropológicas en todo el país durante los últimos lustros.

AGENTOS TEMATICOS RELEVANTES

En cualquier reunión que versa sobre el futuro de una disciplina científica suelen surgir múltiples propuestas acerca de la necesidad de ocuparse con mayor énfasis de ciertos fenómenos, temas y debates. A menudo, estas propuestas sólo expresan las preferencias personales, a veces momentáneas, de quien las hace. En otras ocasiones constituyen un esfuerzo de reconceptualizar ciertos aspectos de la realidad empírica. En este sentido, también la siguiente lista es sólo una de varias posibles y no pretende ser exhaustiva.

a) También en México, un determinado sector de la población seguirá siendo crucial para la antropología: *los pueblos indios*. Hay varias razones para esta afirmación.

En primer lugar, la antropología se define desde sus orígenes por el

tratamiento cognitivo de la alteridad cultural (y la formulación de criterios para su tratamiento práctico).⁹ Aunque tal alteridad no se reduce a la diferencia entre etnias, estas colectividades constituyen actualmente y en el futuro cercano la fuente más importante amén de más conflictiva de la diversidad cultural; esto es especialmente válido para América Latina.¹⁰

Coincide con esta situación que amplios sectores de la población nacional y de la comunidad científica así como algunos de quienes suelen tomar las decisiones sobre los asuntos públicos en el país, consideran a la antropología la disciplina especializada para el estudio de las poblaciones definidas en términos étnicos; de ella esperan información, explicaciones e incluso propuestas pertinentes para abordar los problemas particulares de los pueblos y las comunidades indias; conviene señalar aquí que esta problemática no es meramente la de la población indígena, sino que incluye la problemática de la organización nacional en general, en cuyo marco debe ser tratada la situación de la población indígena.

Una tercera razón vincula las dos anteriores con el pasado reciente de la antropología mexicana. El que ésta haya abandonado casi por completo,

⁹ Esta perspectiva se encuentra desarrollada en E. Krotz, "Alteridad y pregunta antropológica, en: *Alteridades*, vol. 4, 1994, págs. 5-11, núm. 8.

¹⁰ La última obra preparada por Guillermo Bonfil *Hacia nuevos modelos de relaciones interculturales*, Ed. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Colección *Pensar la cultura*, México 1993) ofrece una visión panorámica de esta problemática en América Latina.

durante aproximadamente dos décadas, el estudio de los grupos indígenas del país, no sólo ha hipotecado la solución de problemas concretos (aquí puede mencionarse, por ejemplo, el déficit actual de especialistas y de conocimientos relativos a la teoría y etnografía de los fenómenos jurídicos y de las filosofías contenidas en las tradiciones orales y rituales de estos grupos o el reducidísimo número de antropólogos que manejen al menos uno del medio centenar de idiomas americanos todavía vivos en México). En cierto sentido puede decirse que el campesinismo, el economismo y el sociologismo campantes del pasado más reciente ha contribuido eficazmente a ocultar la problemática interétnica y multicultural, es más, la existencia misma de pueblos indios en el país y, por consiguiente, a eliminar para dos generaciones de antropólogos de la agenda teórica y práctica la búsqueda de formas de organización nacional basadas en el fomento y el desarrollo, no en la supresión de la diversidad cultural.¹¹

b) Como ya se dijo al inicio de este apartado, hay que tomar con cuidado cualquier afirmación de supuestas necesidades ineludibles con respecto al fomento de determinados *campos* o

temas de investigación. Hecha esta advertencia, quieren señalarse a continuación tres de ellos como particularmente importantes.

El primero son los *vertiginosos procesos de urbanización y megalopolización*, que afectan particularmente a América Latina y que implican inéditas relaciones entre culturas, necesidades hasta ahora desconocidas de construcción y reconstrucción de identidades colectivas, emergencia de nuevas formas de idear y ensayar la convivencia de lo diverso y cada vez más complejo.

El segundo son las maneras de *estructurar y ejercer el poder*. Temas tales como la democracia y la reforma del estado, pero también la desigualdad entre los géneros, el poco estudiado pero cada vez más importante campo de la violencia simbólica y la problemática teórica y práctica de los derechos humanos constituyen aspectos claramente *políticos* de la vida colectiva que necesitan de una atención antropológica urgente e innovadora.

El tercero es una relación estudiada desde muchos puntos de vista en la tradición antropológica, pero que ha cobrado dimensiones nuevas. Se trata de la relación sociedad-naturaleza o, en términos más generales, de la *relación cultura-naturaleza*. Esta dista de ser de carácter abstracto, si se cae en la cuenta que las actualmente muy discutidas problemáticas de la tecnología industrial y de la organización moderna del trabajo social son algunas de sus caras. A su vez, los casos del televisor y de la computadora personal hacen ver inmediatamente que

¹¹ Aquí como en otras partes de este ensayo, no se quiere lamentar el pasado reciente de la antropología mexicana y mucho menos responsabilizar a determinadas instituciones, grupos o personas de lo que, desde la perspectiva de hoy, se percibe como reducción o como falla. Simplemente se trata de reconocer las causas de la situación actual para poder enfrentarla lo mejor posible, lo que incluye también poder aprovechar adecuadamente lo logrado en el pasado.

aquí no nos encontramos ante un problema de tipo *técnico*, sino ante uno de carácter claramente cultural y, por ende, de interés obligado para nuestra antropología.

c) Aunque no sería difícil mencionar aquí toda una serie de debates pendientes y de gran importancia para la antropología mexicana actual, conviene aquí la limitación a una excepcionalmente clave. Se trata de la relación entre *antropología y marxismo* (o, si así se quiere, entre las tradiciones de origen antropológico y de origen marxista). Esta relación fue durante más de un cuarto de siglo un eje central del debate antropológico, no sólo en México. De un modo más o menos repentino casi ha desaparecido. No parece congeniar con el carácter pretendidamente crítico y racional de toda actividad científica que no haya balances ni evaluaciones amplias y detalladas de esta relación que justifiquen o, al menos, expliquen tal desaparición.¹² ¿No se estará sin éste tipo de trabajos en el peligro de sólo suprimir, mas no superar los errores provenientes de esta historia? ¿No se estará en el peligro de desaprovechar un rico acervo de hallazgos y problematizaciones?

¹² Entre los primeros, pero todavía un tanto reducidos acercamientos al problema pueden mencionarse los textos de A. Medina ("Los paradigmas de la antropología mexicana", en: *Nueva Antropología*, vol. XVI, núm. 48, 1995, págs. 18-37; véanse especialmente las págs. 28 y sigs. y de J. Guerrero ("El desencuentro del marxismo y la antropología en México 1970-1990", en: M. Rutsch, (comp.), *La historia de la antropología en México: Fuentes y transmisión*, Universidad Iberoamericana- Plaza y Valdés-Instituto Nacional Indigenista, México 1996). pág. 117-142.

CUATRO PERSPECTIVAS GENERALES

En los dos apartados anteriores se ha identificado una serie de problemas de la antropología que derivan de la organización social de las antropólogas y los antropólogos y una lista de fenómenos, temas y debates que parecen merecer atención especial para poder aclarar el presente y poder tomar decisiones con miras al futuro cercano. En este último apartado se trata de comentar cuatro *perspectivas* más generales, que se acoplan de diferentes maneras con lo hasta ahora expuesto y que nuevamente incluyen elementos propositivos.

a) Un aspecto que vincula lo señalado en los dos apartados precedentes es la importancia que podría tener que desde los organismos gremiales y las instituciones académicas se siga y se intensifique *la creación y consolidación de redes* de antropóloga/os interesada/os en determinados problemas, temas o sectores poblacionales.

Esta propuesta va a contracorriente del principio básico de la organización social de la antropología académica actual, dado que lo que más fuertemente marca las actividades cotidianas de investigación parece ser la dinámica propia de cada institución particular (derivada de su conformación histórica, sus *prioridades* más o menos pasajeras, su ritmo interno, el grado de participación permitido en las decisiones, su equipamiento científico general, etc.). La principal desventaja de esta situación que se refleja también en el campo de la edición de

revistas y libros, consiste en tener una *comunidad antropológica* fuertemente seccionada, de tal forma que usualmente ni siquiera se sabe qué es lo que se investiga y debate en las demás instituciones del país; desde el punto de vista de un/a antropólogo/a individual, esta segmentación implica que a menudo está bastante solo/a con su tema, ya que en la mayoría de las veces sólo dos o tres colegas e incluso ninguno trabaja sobre lo mismo en su misma institución.

Estas *redes* funcionarían, ante todo, como circuitos de comunicación entre los antropólogos dedicados (por períodos más largos o más cortos) a un tema. No serían redes de instituciones. Tendría su *núcleo* en alguna institución, pero el individuo o grupo adscrito a ella no tendría que ejercer una función de *líder*, sino de *facilitador* de comunicación. Será muy deseable crear el número más alto posible en instituciones fuera del Distrito Federal. Un núcleo podría convertirse en el depositario de información especializada sobre el tema, al que los demás integrantes de la red podrían recurrir con preferencia (además de colaborar en su alimentación).¹³ Un elemento fundamental para tales redes será la organización de series de eventos, donde precisamente por tratarse de una secuencia previsible y real, ya no se repetirían los mismos temas generales, sino que se trataría con profun-

¹³ Los nuevos sistemas de correo electrónico que se están estableciendo en numerosas universidades y centros de investigación, serán de gran utilidad para la conformación y el funcionamiento de estas redes.

dididad cada vez un tema específico y limitado. Para la realización de estos encuentros pueden aprovecharse ciertas reuniones académicas mayores que de cualquier manera se realizan con cierta frecuencia,¹⁴ de manera semejante, tales redes podrían aprovechar las -no pocas- revistas especializadas existentes.¹⁵

No debiera pensarse en redes con muchos integrantes, porque esto exigiría una organización más compleja, generaría costos que a su vez necesitarían organización e impediría actividades de tipo *artesanal* o de auténtico *taller*. Por otra parte, estas redes podrían incorporar con facilidad a miembros de los dos sectores mencionados (académico y no-académico) e incluso convertirse en base para proyectos colectivos con participantes de ambos sectores.¹⁶

Desde luego, la presente propuesta no es ningún descubrimiento. De hecho, existen ya algunas redes, aunque varía mucho su grado de integración. Pueden mencionarse aquí, a modo de ejemplo, el grupo de estudios sobre religión (con su núcleo en

¹⁴ Por ejemplo, las reuniones periódicas de la Sociedad Mexicana de Antropología. También podrían aprovecharse reuniones más restringidas tales como los coloquios anuales organizados por la revista *Nueva Antropología* o por el Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales.

¹⁵ Esto se facilitaría por la alta frecuencia con la cual éstas publican números monográficos.

¹⁶ En caso de que los recientemente creados sistemas regionales de investigación del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, cuyo objetivo es precisamente la vinculación entre instituciones académicas y empresas privadas y sociales, queden definitivamente establecidos, éstos podrían proporcionar una interesante fuente de financiamiento para tal colaboración.

la Escuela Nacional de Antropología e Historia, congresos periódicos, los primeros dos números de una revista y un conato de boletín), el Seminario de Historia, Filosofía y Sociología de la Antropología Mexicana (con su núcleo en la Dirección de Etnología y Antropología Social del INAH, reuniones mensuales en la ciudad de México, varios simposios realizados en el marco de eventos mayores y de manera independiente y el inicio de una serie de cuadernos), el grupo de estudios de antropología jurídica (originado en el Colegio de México, con una larga serie de reuniones de trabajo y diversas publicaciones colectivas) y el Seminario Permanente de Estudios Chicanos y de Fronteras.¹⁷ Un buen ejemplo de una red centrada en una temática mucho más delimitada y específica que las que se acaban de mencionar, es el grupo de trabajo sobre presas que se originó en el Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales y que publicó hace poco un número monográfico de una revista especializada.¹⁸

Un aspecto clave podría ser *el reforzamiento de la especificidad discipli-*

¹⁷ El nuevo anuario *Inventario Antropológico* (editado por el Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana - Iztapalapa) tratará de ofrecer regularmente información sobre este tipo de grupos de trabajo. Véase, por ejemplo, J.M. Sandoval, "Seminario Permanente de Estudios Chicanos y de Fronteras", en: *Inventario Antropológico*, vol. 1, 1995, págs. 349-358.

¹⁸ Véase el número dedicado a "Reacomodos y construcción de presas" de la revista *Alteridades* (vol. 2, 1992, núm. 4). Conviene mencionar aquí, a modo de ejemplos inspiradores, varias importantes redes de carácter *multidisciplinario* en México, tales como la "Red Nacional de Investigación Urbana" con su larga serie de eventos especializados y su revista *Ciudades*, los dos programas de estudio sobre mujeres y género

de las ciencias antropológicas. Como es sabido, especialmente en los campos de la antropología social/etnología y etnohistoria/historia ésta cedió durante épocas recientes ante las presiones o a la atracción de una malentendida *inter o multidisciplinariedad*. La reaparición en escena de temas y problemas reconocidos por propios y extraños como *típicamente antropológicos*, para los cuales grandes sectores de la comunidad antropológica tienen que reconocerse poco competentes a pesar de una rica tradición disciplinaria al respecto (piénsese, por ejemplo, en el estudio de *la cultura*, los nexos entre sociedad y medio ambiente, las relaciones interétnicas) han provocado en muchos lugares un redescubrimiento del potencial de la tradición teórica y etnográfica de la antropológica y, en México, también de la posibilidad de una renovada cooperación entre los especialistas en las diferentes subdisciplinas de la antropología.¹⁹ Además, el abordaje de todos los grandes temas y problemas socioculturales actuales necesariamente es una empresa colectiva, en la que concurren especialistas formados en diversas disciplinas sociales; el conocimiento generado por cada uno de ellos desde siempre una disciplina específica tiene que ser combinado con el de los demás, de modo tal que todos se en-

en el Colegio de México y la Universidad Nacional Autónoma de México así como varios grupos de trabajo de duración variada impulsados desde el Consejo Mexicano de Ciencias Sociales.

¹⁹ Véase aquí también la concepción de la nueva revista *Dimensión Antropológica*, explicada en la presentación del primer número (vol. 1, 1994).

riquecen mutuamente en función de un objetivo de conocimiento común y no, como a veces se pretende, ser sustituido por una especie de *ciencia social media* (o *mixta*) que incorpore aspectos aislados provenientes de las diversas ciencias sociales existentes.²⁰

Esta recuperación disciplinaria sucede en un contexto sociohistórico particular. Cuando las ciencias antropológicas se establecieron como tales en Europa y sus entonces *anexos* norteamericano y ruso, el principal campo de estudio fueron los habitantes del posteriormente así llamado Tercer Mundo: los pueblos y las culturas *otras* con respecto a la civilización noratlántica.

Paradójicamente, las ciencias antropológicas prosperaron en la medida en que la civilización noratlántica agredía y trataba de destruir esta otredad. Pero, mientras que el imperialismo socio-económico y político-militar (la hoy tan frecuente voz *globalización* contribuye a hacer olvidar su carácter funestamente impositivo) ha sido estudiado muchas veces, poco se ha reparado en lo que significa para las ciencias antropológicas en general y en particular para la *generación de conocimientos antropológicos en los países del sur*. Porque cada vez más en países, que hasta hace poco eran sólo hábitat de los objetos de estudio preferidos de la disciplina, se encuentran ahora antropólogos y antropólogas, instituciones

y congresos, programas de estudio y publicaciones especializadas. Esto plantea problemas profundos aún poco tratados para la antropología, algunos de ellos de carácter cognitivo. Por ejemplo, ¿hasta cuándo se podrá seguir asumiendo que, a pesar de que las culturas difieren unas de las otras y a pesar de las fuertes diferencias que acusan las del sur con respecto a las del norte, la ciencia antropológica es la misma en todas partes? ¿No existen suficientes indicadores para reconocer en eventos y escritos, en pesquisas y biografías del sur diferencias que van más allá de lo meramente *circunstancial* o, que, en términos del cuestionable dualismo de la historiografía dominante de las ciencias distan de ser *externas*? ¿Cómo es posible utilizar y cómo hay que transformar un instrumento cognitivo creado originalmente para un propósito determinado (el conocimiento de los otros desde el punto de vista noratlántico) para otro propósito no completamente opuesto, pero de algún modo distinto? ¿Cuál es ese otro propósito? ¿Acaso la antropología generada en los países del sur se encuentra limitada a ser una especie de *sociología nativa*?²¹

d) Finalmente hay que recordar que las ciencias antropológicas -como cualquier ciencia- se ocupan predominantemente de *lo que es*: lo tratan de

²⁰ A este tema estuvo dedicada la mesa lineal de la XXIII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología (véase M. H. Ruz y J. Aréchiga, (eds.), *Antropología e Interdisciplina*, Ed. Sociedad Mexicana de Antropología. Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, México, 1995).

²¹ Véase acerca de esta problemática el número monográfico "Antropologías latinoamericanas" de la revista *Alteridades* (vol. 3, 1993, núm. 6), el artículo de A. Medina "Hacia una antropología excéntrica: reflexiones desde la periferia mexicana", en: *Anuario 1993*, págs. 21-49 (Ed. Instituto Chiapaneco de Cultura, Tuxtla 1994) y los primeros números del *Boletín Antropologías del sur*.

describir, de inventariar, de explicar, de interpretar. Sin embargo, la generación de conocimientos no tiene que agotarse en la esfera de lo existente en el pasado o en la actualidad. Esto sería olvidar que, como lo ha expresado Ernst Bloch, "el material existente no se encuentra terminado",²² que el mundo está en proceso - y que puede ser construido de acuerdo con los modelos que aparecen desde siempre en los sueños utópicos de todos los seres humanos, los cuales han sido documentados en todos los tiempos y en todos los pueblos.

La construcción de este mundo -de un mundo, para decirlo nuevamente con las palabras muchas veces repetidas por el filósofo citado, en el cual "todos pueden caminar erguidos"- es un asunto práctico, pero se necesita conocimiento. Se necesita un determinado tipo de conocimiento, el

conocimiento que se ocupa también de *lo que puede ser*, o sea, que indaga no sólo sobre *lo existente*, sino también sobre *lo posible*.²³

Por tanto, la atención a la *dimensión utópica* de la realidad sociocultural estudiada será crucial para nuestra antropología. Uno de los primeros pasos necesarios sería considerar no únicamente las *informaciones* que se recogen *en el campo*, sino también atender la esfera de los deseos, de los anhelos y las esperanzas de quienes solemos nombrar nuestros *informantes*. Sólo así nuestra antropología estará encaminada, encaminándose a contribuir a hacer verdad los sueños de una vida feliz de todos, especialmente de aquellos que actualmente están tan lejos de ella a causa de una errada forma de organizar las relaciones sociales.

²² Citado en E. Krotz, "Viaje, trabajo de campo y conocimiento antropológico", en: *Alteridades*, vol. 1, 1991, núm. 1, págs. 50-57.

²³ Puede verse para esto E. Krotz, *Utopía* (Ed. Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México 1988).